

El cine como metáfora del país

Andrés Cañizález

En estos días, en los cuales la pantalla cinematográfica suele estar plagada de las típicas películas del verano estadounidense, está en exhibición una buena demostración de las posibilidades del cine venezolano. Se trata de la realización de Jonathan Jakubowicz, “Secuestro Express”, que con excelencia fílmica y crudeza narrativa nos confronta con el país, a través de una historia que podríamos catalogar casi que cotidiana, y a través de ella ofrecernos un retrato de época, de los días que corren en Venezuela.

Ajenos como estamos a la crítica cinematográfica, la aproximación a “Secuestro Express” tiene más de lectura en clave social actual. No es de obviar, sin embargo, que estamos ante la película venezolana que más será vista internacionalmente, debido a que los derechos de exhibición los adquirió una importante firma estadounidense del sector. La resonancia que ya tiene el filme contrasta, sin que se pueda establecer allí una relación causa-efecto, con los bajos costos de su producción. Como ha sucedido con otras expresiones de lo que podríamos llamar un nuevo cine latinoamericano, el uso de cámaras digitales de video significó un abaratamiento radical de costos y le abrió las puertas a una nueva estética, que si bien aborda temas locales tiene una clara influencia estadounidense en el ritmo narrativo.

La propia realización de la película de forma independiente, sin apoyo del Estado o de alguna firma mediática o comercial distinguida, nos habla del producto ante el cual estamos: es un ejercicio creativo que se permite escudriñar en problemas y prejuicios de orden social con bastante libertad, con una mirada cuestionadora acerca de la “convivencia” caraqueña.

La semana pasada pudimos intercambiar con Jakubowicz en un programa radial (en dicho espacio preferíamos llamarle Jonathan por lo enrevesado de su apellido para una lengua habituada a las palabras latinas). De ese diálogo me parece significativo resaltar dos elementos que están muy presentes en el filme: la (in)comunicación y lo invivible de la ciudad. Ambos factores, como podemos imaginar, están relacionados no sólo en la historia de la película, sino que son asunto central en nuestra vivencia como sociedad, en los días que corren.

Por la complejidad (como en la vida misma) de los personajes es difícil definir los roles de buenos y malos, a los que estamos acostumbrados en las películas. En realidad hay de todo en ellos, y así uno de los más duros delincuentes podría ser al mismo tiempo modelo de padre consecuente y preocupado. En el fondo, el dilema está entre aquellos que se pueden comunicar, los que tienen la capacidad de colocarse en el lugar del otro, muy a pesar de los roles que están jugando en la historia, y como contra partida están aquellos que sólo apuestan a su propia salvación, sin importarles el destino de los demás. Esa (in)comunicación que tan claramente relata “Secuestro Express”, por las mutuas incomprendiones de clase (por llamarles de algún modo), se vive de forma más dramática en la inconexión social real, palpable, que no es anécdota de película, pero que ésta retrata de forma cabal.

Lo que persiste en la Venezuela actual es un mutuo posicionamiento que excluye la posibilidad de colocarse en el lugar del otro, y la falta de conocimiento sobre la vida de ese otro termina siendo llenada por prejuicios. Desde las elites económicas se sigue mirando a los pobres como si todos fuesen delincuentes, mientras que desde los sectores populares persiste la creencia de que si alguien es rico es porque le robó recursos al país. Como consecuencia de ese juego de mascarar, que impide llegar al fondo real de nuestros problemas como nación y encontrar una nueva manera de convivencia más apegada a lo que somos, se ha instalado un modelo político que justamente exacerba tales posiciones.

Volviendo a la película, otro elemento significativo tiene que ver con lo invivible que resulta Caracas, tanto para los que tienen recursos como para los excluidos. Para unos la vida citadina es sinónimo de rejas, sistemas de seguridad y paranoia cuando se está en las calles, para otros la capital representa una vida dura, sin trabajos estables e ingresos de subsistencia, envueltos en la violencia que arroja un parte de guerra cada fin de semana. La capital con sus fuertes contrastes sociales, que simbolizan los barrios pobres colindando con las más exclusivas urbanizaciones, ejemplifica la inviabilidad de un modelo de convivencia, que a todas luces parece agotado. En la constitución de nuevas formas de armonía social, si coincidimos en que lo actual no es viable, tiene un peso el rol de Estado, pero más relevante es el papel ciudadano que cada uno de nosotros pueda tomar. “Secuestro Express” nos presenta una metáfora del país, ¿qué estamos dispuestos a hacer para cambiarla?.

*Publicado en el diario El Nacional el 30 de agosto de 2005